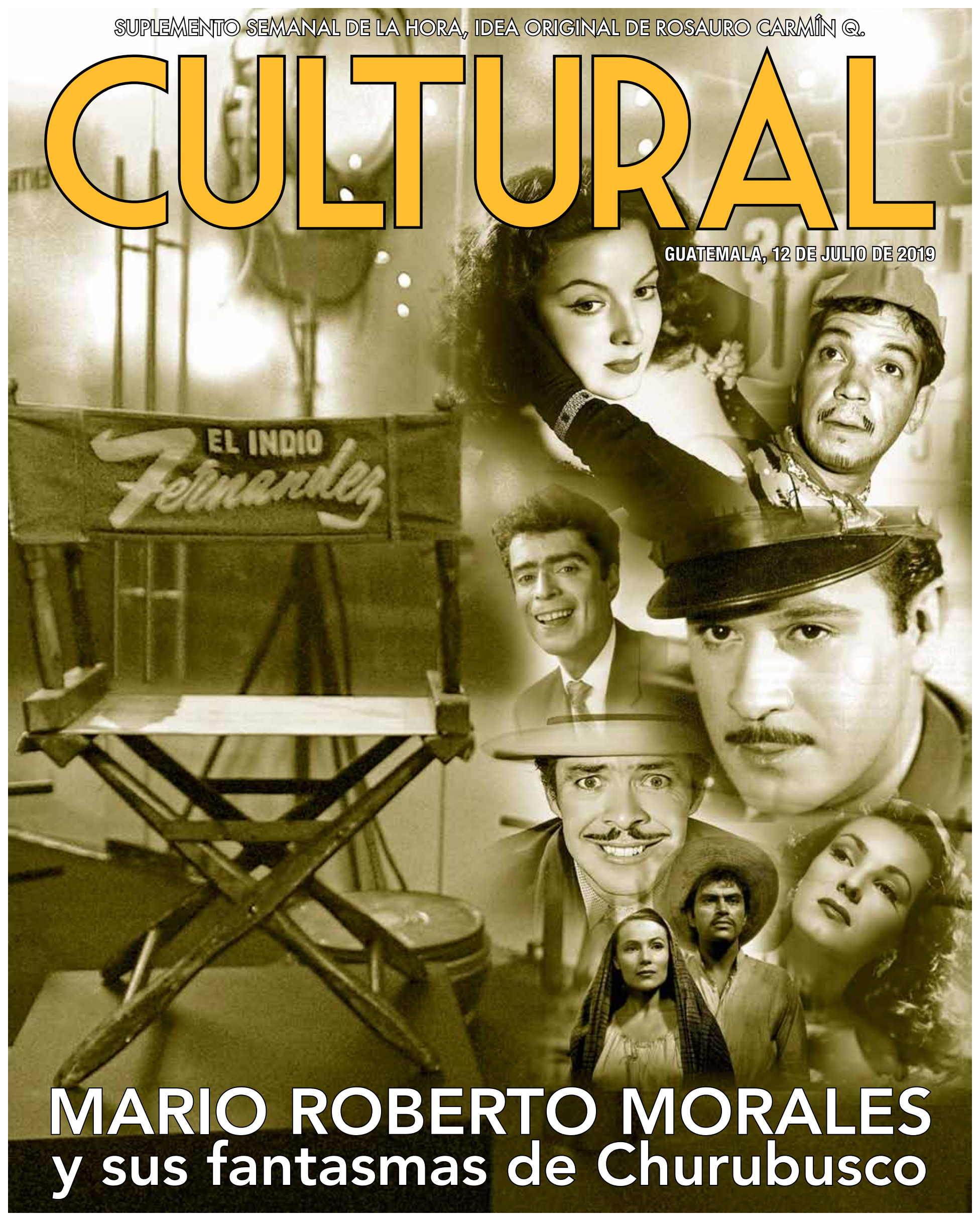


SUPLEMENTO SEMANAL DE LA HORA, IDEA ORIGINAL DE ROSAURO CARMÍN Q.

CULTURAL

GUATEMALA, 12 DE JULIO DE 2019



MARIO ROBERTO MORALES
y sus fantasmas de Churubusco

PRESENTACIÓN

El tema central de la edición, escrito por Mario Roberto Morales, debe leerse no solo como la realización de un sueño y el recuerdo puntual de experiencias evocadas en circunstancias del todo particulares, sino también como el relato de una sucesión de acontecimientos testimoniales de un pasado al que se asigna valor y se comparte con los lectores.

Más allá del reconocimiento de la prosa de un escritor de la talla de Mario Roberto, se encuentra la capacidad del observador que actualiza los recuerdos y los unifica desde la madurez del tiempo. Así, la experiencia de los estudios de cine Churubusco no solo retrotrae lo vivido, sino que la dimensiona para ofrecer un marco distinto relatado con ingenio.

Por aparte, el Suplemento Cultural presenta los textos de Hugo Gordillo, Víctor Muñoz y Maya Cú. Cada propuesta permite horizontes novedosos para observar el mundo desde perspectivas alternas. Nuestra convicción es que la literatura geste posibilidades de pensamiento y provoque la distancia suficiente de las convenciones de una sociedad injusta y plana.

No olvide dejar su comentario en el sitio digital de *La Hora* sobre nuestra edición o la opinión generada como reacción a los textos de los colaboradores del Suplemento. Siempre es un gusto saber de usted. Feliz fin de semana. Hasta la próxima.



CON LOS FANTASMAS DE CHURUBUSCO

MARIO ROBERTO MORALES

Escritor, académico y periodista

A fines de mayo pasado cumplí un añorado sueño de niñez: entrar a los estudios de cine Churubusco, de la Ciudad de México. O a lo que queda de ellos.

Fue algo casual. Veníamos de la Ciudad Universitaria y pasamos cerca de las instalaciones. Yo las vi desde lo lejos y comenté: “Cuánto quise visitar esos estudios cuando era niño”. “¿Por qué?”, preguntó Cony. “Porque quería

estar”, respondí, “donde filmaban Pedro Infante, Miroslava, ‘Cantinflas’, ‘Resortes’, ‘Tin Tan’...”. Entonces ella, con su usual candidez, dijo: “Regresemos, tal vez nos dejan entrar”. Y acto seguido nuestra querida amiga mexicana Asmara, quien iba manejando, se metió en una callecita y se las arregló para volver al lugar. Estacionó el auto en la alboreada y fresca calle en las que está la entrada al sitio y le dijo a la recepcionista: “Traigo a dos profesores universitarios de Guatemala que quieren visitar los estudios”. Esperamos un momento y, de pronto, salió un individuo alto y amable que se identificó como Mario Argumedo y que nos dijo sonriente: “Pasen adelante”. Yo no lo podía creer.

En una película de 1958 que se llama *Yo quiero ser artista*, “Resortes” personifica a un cartero que entra a unos estudios de cine y es testigo de una filmación con Yolanda Varela. Cuando yo, a mis siete u ocho años, miraba a “Resortes” atestiguando la maravilla de la back projection y a los actores fingiendo estar en lugares previamente filmados y proyectados como fondo, me regocijaba entendiendo cómo se hacían aquellas películas que me disparaban la imaginación. Me doy cuenta de que siempre me ha fascinado comprender cómo se fabrican las ficciones,



no sólo vivirlas y gozarme de ellas. Y eso me pasaba con el cine. Aquella película de “Resortes” me hizo soñar con visitar estudios de cine y observar filmaciones. Era obvio que la hechura de una fantasía me interesaba más que la ilusión como tal. Creo que, desde entonces, mi enfrentamiento con la creación artística ha sido doble: la del espectador que aprecia y vive la emoción, y la del crítico que dismantela el procedimiento seguido para confeccionar el ensueño. Ah, “Resortes”... Recuerdo que en el Teatro Blanquita lo vi gesticulando y diciendo a gritos: “¡Soy



CULTURAL

ES UNA PUBLICACIÓN DE:

La Hora Fundado en 1920

DIRECTOR GENERAL:

OSCAR CLEMENTE MARROQUÍN

DIRECTOR:

PEDRO PABLO MARROQUÍN P.

EDITOR DE SUPLEMENTO:

EDUARDO BLANDÓN

ejblandon@lahora.com.gt

DIAGRAMACIÓN:

ALEJANDRO RAMÍREZ

‘Resortes’ Resortín de la Resotera, para servir a usted donde quiera, cuando quiera y como quiera... menos por donde quiera!’. Eran otros tiempos.

A pesar de que he visitado estudios de cine y visto filmar algunas películas –en Florencia vi a Hugo Tognazzi en una calle haciendo una escena sin diálogos de Amici miei (1975) de Mario Monicelli, y en Milán a Henry Silva haciendo una mínima toma exterior de una de sus películas italianas de acción, en la que, para variar, era el villano–, los Estudios Churubusco siguen siendo para mí un mito de niñez porque crecí viendo no sólo películas gringas, sino también mexicanas, y oyendo hablar de México a mi abuela chiapaneca, y de España a mi madre cuando rememoraba con orgullo las férreas ideas anticlericales y antimilitaristas de mi abuelo asturiano. Y todo aquello se me juntaba y revolvió cuando a mis siete años veía películas como Gitana tenías que se ser (1953), de Rafael Baledón, con Pedro Infante y Carmen Sevilla, o Ahí viene Martín Corona (1952), de Miguel Zacarías, con el mismo Pedro, Sarita Montiel, Eulalio González “Piporro” y (el mismísimo) José Alfredo Jiménez en un papel secundario.

Si del cine mexicano (de la dizque “época de oro”) aprendí a vivir el melodrama y luego a reírme de él, de las películas gringas obtuve mi gusto por el idioma inglés y mi búsqueda incesante por el uso autodesconstrutor de la tiesa retórica hollywoodense, lo cual hallaba muy de vez en cuando, por ejemplo en películas como Sweet Smell of Success (1957) de Alexander Mackendrick, All That Jazz (1979) de Bob Fosse, Forrest Gump (1994), de Robert Zemeckis y otras que no viene al caso enumerar. Tres veces gradecido, como Pedro Vargas, vivo con México y Estados Unidos por eso. Del hipócrita cine franquista prefiero no hablar a pesar de sus honrosas excepciones. Pero la “época de oro” del cine mexicano sigue seduciéndome a pesar de su puntual predictibilidad en materia de guiones, encuadres, montaje, retórica actoral, diálogos y sus infaltables inserciones musicales de charros cantores, boleros de arrabal y rumberas de cabaret, así como de la repetición incesante del clisé de Don Quijote y Sancho Panza al que los cómicos que acompañaban a los galanes daban picardía de barrio citadino o de rancho provinciano. Pensemos en “El Chicote”, “Mantequilla”, el “Chino” Herrera, “Borolas” y otros más. Y buena cantidad de estas fantasías fueron realizadas en los Estudios Churubusco.

Por eso, no podía creer que tan fácilmente, ahora, en esta soleada mañana de la Ciudad de México, mis pies se posaran por fin en el interior de estos estudios con Mario Argumedo caminando delante de nosotros, señalando unas puertas de entrada a unas oficinas e indicándonos: “Estas son las puertas originales del supuesto apartamento de Luis Aguilar en A toda máquina (1951), de Ismael Rodríguez, el mismo al que invita a Pedro Infante, ¿se acuerdan?” Y cómo no me iba yo a acordar. “Ya casi nada es original en el edificio”, siguió, “pero estas dos puertas sí son las mismas. Allá atrás está el espacio en donde los dos hacían acrobacias con las motocicletas simulando que estaban en una



estación de policía, luego vamos a verlo. Ahora entremos en esta sala de doblaje”.

Y así, Mario nos llevó después a bodegas de utilería, a su taller lleno de moviolas, proyectores e infinidad de repuestos de la época, muy difíciles de encontrar. Vimos un back projector de esos que iluminaban imágenes en movimiento mientras los actores fingían manejar autos o motocicletas, esquiar o contemplar abismos. Me sorprendió su explicación de que la luz del proyector “de atrás” se lograba incendiando dos carbones que provocaban una llama que era proyectada hacia un pequeño túnel en el aparato, y eso a veces hacía que la imagen del fondo tuviera una especie de parpadeo. El aparato se calentaba mucho, nos explicó, al extremo de que él mismo se quemó una vez una mano al activarlo. Vimos micrófonos, filmadores de fotogramas individuales para dibujos animados, y también un aparato como el que sirvió para hacer Los tres huastecos (1948), de Ismael Rodríguez, en donde Pedro Infante hace tres personajes que aparecen al mismo tiempo en la pantalla.

Luego fuimos a ver el espacio donde hacían acrobacias los actores de A toda máquina y me los imaginé riñendo entre sí con malas caras, y también a los extras que actuaban de policías. Los fantasmas de Churubusco volvieron a aparecerse frente a mí. El niño que nunca he dejado de ser los “vio” sonriéndole, mostrándole su imaginación rica en ensoñaciones provocadas por el cine.

Mario nos contó la accidentada historia de aquellos estudios. Salinas les quitó el predio en el que hacían los westerns a la mexicana, en un pueblecito simulado que cambiaba de fisonomía según fueran las necesidades de filmación y en el que los hermanos Almada

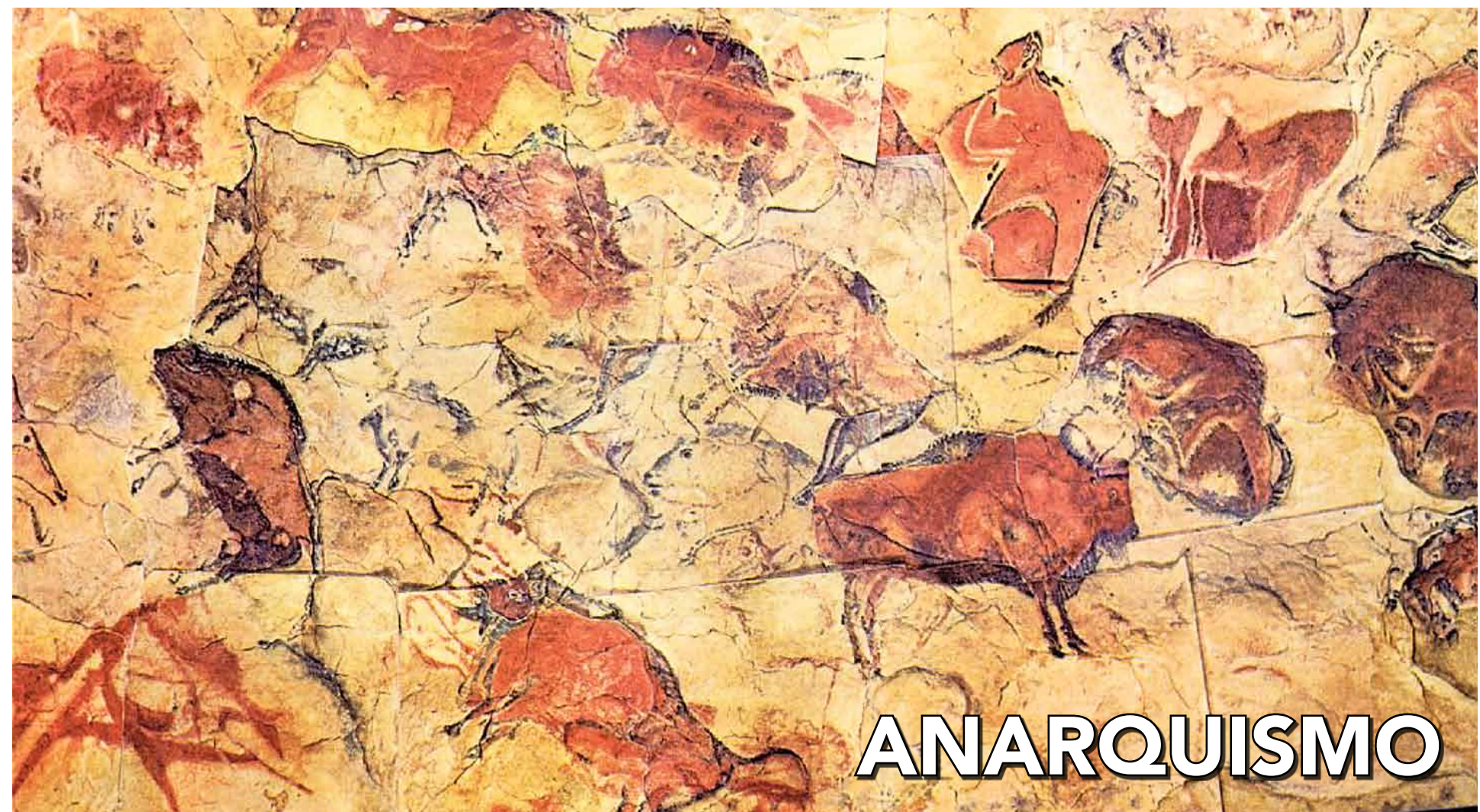
hacían sus melodramas sanguinolentos. Me impresionó de Mario su labor de rescate de aparatos de filmación de la época y su laboriosa entrega a su restauración, incluso sin contar con los repuestos necesarios. Por eso, mucha de la pesada maquinaria filmica que gracias a su trabajo está en exhibición en los estudios, no funciona. Sólo se yergue allí, muy bien cuidada en su inutilidad práctica, dando testimonio de una época en que el cine era también parte de la industria pesada, de la era del acero y de la mejor época económica del continente americano.

Así, recorrimos los foros, los pasillos y la explanada del Ariel. También pudimos ver a unos carpinteros fabricando un simulacro de placas de mármol para alguna filmación. Y algunos rincones que yo reconocí por haberlos visto en exteriores de muchas de las películas de mi niñez.

Finalmente, en una tienda en donde me obsequiaron un excelente café expreso, compré una claqueta. Ese fue mi juguete de aquel día lúdico. La guardaré como una de mis posesiones preciadas. A mi tocayo, Mario, le cayó en gracia aquello. Nos tomamos unas fotos junto a un enorme rótulo de los estudios y, después de un par de horas de hermoso recorrido, nos despedimos en la puerta de las instalaciones con un abrazo agradecido de mi parte por haberme guiado por aquella fábrica de ilusiones en la que me encontré con los amables espectros de mi pasado infantil y en la que me sentí como un Pedro Páramo entrando y saliendo de una benigna Comala, para luego enfilar resignado por Río Churubusco, rumbo a una torva realidad de la que por desgracia han huido despavoridos los fantasmas.

THE END





ANARQUISMO

HUGO GORDILLO
Escritor

En el principio todo es naturaleza. El hombre se yergue por propio esfuerzo. Transita a la par del tiempo ahistórico hacia su especialización parasitaria: la cacería de sobrevivencia. Se rasca la nariz, estornuda; y el olfato está al servicio de su hambre para oler la secreción animal. Duerme con un ojo abierto frente al peligro, pero su larga vista atiende el movimiento de la rama, la hojarasca o el bulto. Se calienta las manos rozando el fuego, pero su tacto está para calibrar la frescura del paso de la bestia o su roce en la corteza del árbol.

Para la oreja, y sus oídos escuchan las voces del indomable reino salvaje, su despensa cárnica, de grasas y abrigos. Solo el gusto espera pacientemente. Se solaza con el olor de la carne chojineada. Se regocija cuando muerde y traga a la par de la hoguera cavernaria. Improductivo, así es el hombre prehistórico que de simple vegetariano recogedor de frutos pasa a carnívoro después de golpear, herir y matar al pacífico ciervo o a la bestia ofensiva. Nómada, paleolítico ser errante a pesar de la caverna que lo protege de la lluvia, la nieve y el rayo. Lo expulsan a otra cueva, la erupción volcánica o la migración animal, la sequía o la inundación a secas.

El hombre en su estado más natural no ha creado a Dios, a pesar de sus miedos al hambre pasajera y a la muerte abismal. Después de esta no hay otra. Por eso se regocija con la vida, la ensalza y

la glorifica. Se enfrenta al mundo y lo domina en la cacería. Ya no se asombra del mamut gigante, a cuya figura está acostumbrado; ni de la ligereza del venado, próximo a caer en su trampa. El hombre mata antes de comer y antes de morir. Observador, se detiene en el detalle, más que en la totalidad animal.

En las huellas de los cuadrúpedos, y las compara con sus extremidades. Sus pies, que solo saben caminar y correr, tan diminutos frente a las pisadas ancho-profundas de los animales pesados y peligrosos. Sus manos, sabedoras de soltar la flecha, más grandes frente a las huellas superficiales y angostas de los animales livianos, accesibles. Imitador, el hombre se adentra en sus propios detalles. Estira y encoge su mano como la garra del ave de rapiña. La empuña y la bordea con su otra extremidad. Revuelve ambas entre el barro. La estampa sobre piedra seca y firme. Reprodutor monocromático de sus huellas en el lapso que jamás será contado oficialmente.

En su tiempo de ocio encuevado, toma un carbón con la diestra, sostiene su siniestra extendida sobre la roca. Aniñado, va marcando entre los dedos con un resabio de carbón del fuego de la última noche gélida y lluviosa. Paralelamente, ese hombre imitador empieza a trabajar con el boceto y su reducida paleta cromática, de donde resalta el alegre color rojo y sus variedades. Después de sufrir todo el proceso de imitación e información, se degusta con su primera obra final: una fotografía del animal cazado.

La obra existe y todavía no ha sido vista en la obscuridad cavernaria, hasta que alguien de la cueva se da cuenta. El espectador se encanta y llama a los demás al encantamiento de ver cómo el artista

logra cazar al animal en la gran piedra. El artista se ha convertido en mago. Al igual que el cazador suelta la flecha, impulsa la lanza o golpea con el mazo, el artista hace lo mismo con su creación en la vida diaria. Caza en casa. El mago de la cueva no lo sabe, pero es un hecho: logra la primera división social del trabajo cuando los encantados le dicen: “tú no sales más a cazar, tú te quedas atrapando animales en la piedra”.

El artista se sigue regocijando en la pintura, sabiendo que su arte le dará de comer. Con él quiere competir el hechicero, pero sus emplastos y brebajes contra el dolor y la herida no calman, ni curan y, mucho menos, salvan vidas. Al brujo también le hubiera gustado ser mago, pero deberá recorrer mucho camino para ganarse el respeto como médico de cabecera o como sacerdote. El mago se burla desde su ficción pictórica enrocada y la realidad, haciendo de ambas la misma cosa. Fascina y se extasia. De la dura y colorida caverna sale la flexible danza. El hombre encantado se pinta tras la molienda del ocre rojo, se viste como animal y se mimetiza.

Sus movimientos, sus gestos, sus voces guturales lo convierten, naturalmente, en animal. La magia es protectora del cazador contra el enemigo y el hambre, contra el dolor, y lo intenta contra la muerte. La idea del Estado mágico perdurará hasta el último día de la existencia del hombre, que ansía volver a esa edad de oro. Una edad con la que le cuesta acertar mágicamente porque, en lugar de imitar a la naturaleza, la limita. En vez de hacerla suya, la acaba. El hombre sigue matando en serie, antes de comer y antes de morir. La naturaleza clama por una nueva división del trabajo, la globalización de los magos.

GEDEÓN Y SU GALLO

VÍCTOR MUÑOZ
Premio Nacional de Literatura

Después de haber pasado la tarde estudiando la clase de Economía salí un momento para ver la calle y para despejarme un poco; sin embargo me arrepentí casi inmediatamente cuando vi que ahí venía Gedeón. Es que me he hecho el firme compromiso de ya no juntarme con él. Siempre termino metido en problemas. Y pues ahí venía Gedeón y traía algo debajo del brazo. No hubo para dónde, tuve que esperar a que se acercara un poco más porque hubiera sido de muy mal gusto meterme a mi casa. Hay que ser educado.

-**H**ola vos -me dijo, mientras se acomodó la cosa que traía debajo del brazo, que era un gallo colorado, bonito.

-¿Y eso? -quise saber.

-¿Te acordás de la Sheny? -le respondí que sí. La Sheny es una muchacha ni bonita ni fea, aunque tal vez un poco sonsa y tiene la enorme virtud de que soporta andar enredada con Gedeón en cosas de amores.

-Pues fijate que como vos bien sabés, aquella y yo... ¿verdad?, entonces se le ocurrió que quería ir a visitar a su abuelita, que vive en una aldea que queda por ahí por Asunción Mita; y yo, por complacerla, ¿verdad?, le dije que estaba bueno y el sábado nos fuimos para allá. Queda lejos eso, vos, y un calor de puro infierno. La cosa es que fuimos a visitar a su abuelita y hubieras visto, la viejita se puso feliz de verla. Ahí nos estuvimos con ella toda la tarde y cuando dispusimos que era hora de regresar, la doñita fue a traer este gallo y le dijo que ahí se lo regalaba, que se lo llevara y se lo comiera porque estaba bien galán. Yo al principio creí que se trataba de una broma pero no, la cosa iba en serio y pues nos llevamos el gallo.

Como ya lo teníamos pensado, conseguimos un hotel por ahí por Jutiapa, pero eso sí, vos, envolvimos bien al gallo en una sábana para que no nos fueran a estar jodiendo. Nos instalamos y pusimos al gallo en el baño, después nos acostamos y comenzamos con el retozo, y todo muy bonito, vos, pero por ahí es tierra caliente y yo no podía dormir porque no soportaba el calor, en cambio la Sheny, nada más terminamos con nuestros amores y se durmió. Pensé que si me bañaba tal vez se me iba un poco el calor pero ahí estaba el gallo. No hallaba qué hacer, vos, solo daba vueltas y vueltas en la cama y no tenía juicio, hasta que por ahí por las tres de la mañana, y por el puro cansancio me fui durmiendo, pero vas a ver que el gallo, apenas

comenzó a clarear y que empieza a cantar, y lo peor fue que el hotel estaba lleno de gente y todos ahí callando al animal, entonces me metí al baño y ahí me estuve para que dejara de cantar, entonces mejor nos levantamos, nos bañamos y nos vinimos de regreso. El problema es que la Sheny no quiere tener el gallo en su casa porque ahí tienen perros, entonces me dijo que me lo llevara para mi casa y ahí lo he tenido, pero es un problema porque además de que le tengo que estar comprando su maíz y poniéndole agua en su trasto, se pone a cantar bien temprano y los vecinos se molestan.

Mientras Gedeón me contaba toda la aventura, el gallo se estuvo muy quieto, mirando para todos lados y me di cuenta de que se trataba de un animal muy bonito y elegante.

-¿Y entonces, qué pensás hacer? -le pregunté.

-Pues no sé, yo pensé en vos, por si lo quisieras te lo dejo. Vieras que aparte de que se levanta bien temprano a cantar no molesta, es buena gente; eso sí, hay que comprarle su maíz y tenerle ahí cerca un bote con agua, míralo, se ve fino.

-Pues fijate Gedeón -le dije- que te lo agradezco mucho pero la mera verdad es que no tengo un lugar adecuado para tenerlo aquí; estos animales necesitan estar en algún lugar en donde tengan suficiente espacio para movilizarse; además, necesitan tener una gallina, vos sabés, cosas del instinto, ¿verdad?, y como cualquier animalito, hay que mantenerles

limpio su lugar y pues la cosa es que uno a veces no tiene tiempo para esas cosas, ¿verdad? -y me quedé callado porque no supe qué más podría decirle.

-Tenés razón -me dijo-. El asunto es que no sé qué hacer. ¿Vos qué harías en mi caso?

-Pues no sé. Yo recuerdo que antes, en la casa de Papaíto, que era una casa bien grande, había un gallinero y de vez en cuando mataban una gallina o un gallo y la gente se lo comía, pero ahora que las casas son cada vez más pequeñas, pues ya no se acostumbra. Yo recuerdo allá lejos que eso de matar a la gallina era cosa seria, primero había que agarrarla, después jalarle el pescuezo, después echarle agua hirviendo y así, complicada la cosa, pero ahora ya ves que uno puede conseguir pollo destazado en cualquier parte.

-Fijate que me estás dando una buena idea -me dijo, mientras esbozaba una sonrisa casi feliz-, me voy a ir a meter al mercado, a uno de esos comedores y lo voy a ir a ofrecer.

En esas pláticas estábamos cuando de pronto pasó un camión enorme, de esos que andan llevando cosas de una frontera a otra, el chofer tocó la bocina, y el ruido fue tan fuerte que el gallo se asustó, se soltó del brazo de Gedeón y salió corriendo. Y Gedeón, sin siquiera decirme adiós, se fue corriendo detrás de él. Y yo me metí a mi casa, no fuera a ser que regresara a tratar de resolver un problema al que yo, ni en ese momento ni ahora, podría encontrarle solución.





EPISTOLARIO

CARTA DE UMBERTO ECO A SU NIETO

Querido nieto,

No querría que esta carta navideña sonase demasiado “*deamicisiana*” y exhibiese consejos acerca del amor por los nuestros, por la patria, por el mundo y cosas de este tipo. No la escucharías y en el momento de ponerlos en práctica, (tú adulto y yo pasado) el sistema de valores habrá cambiado tanto que probablemente mis recomendaciones resultarían caducas.

Así que quisiera centrarme en una sola recomendación que estarás en condiciones de poner en práctica también ahora, mientras navegas en tu *iPad*, que no cometería el error de desaconsejártelo, no tanto porque parecería un abuelo chapado a la antigua sino porque también yo lo hago.

Como mucho puedo recomendarte, por si te sucede navegar entre los centenares de sitios porno que muestran la relación entre dos seres humanos, o entre un ser humano y un animal, en

miles de modos, trates de no creer que el sexo sea eso, entre otras cosas una actividad monótona, porque se trata de una puesta en escena para obligarte a no salir de casa y no observar a las chicas de verdad.

Parto del principio de que eres heterosexual, en caso contrario adapta mis consejos a tu caso. Mira las chicas, en la escuela o donde vayas a jugar, porque son mejor las auténticas que las que salen por televisión y algún día serán más satisfactorias que las que veas *on line*. Cree a quien tiene más experiencia que tú (si hubiese visto solo sexo en el ordenador tu padre nunca habría nacido, y tú quien sabe dónde estarías).

Pero no es de esto de lo que quería hablarte, más bien de una enfermedad que ha afectado a tu generación y también a los chicos más mayores que tú, que tal vez ya vayan a la universidad: la pérdida de memoria. Es verdad que si te entran ganas de saber quién fue Carlo Magno o dónde está Kuala Lumpur no tienes más que pulsar unas cuantas teclas e internet te lo dice de inmediato. Hazlo cuando haga falta, pero tras buscarlo

intenta recordar todo cuanto se te ha dicho para no verte obligado a buscarlo una segunda vez si por casualidad tuvieses la necesidad impulsiva, tal vez por una investigación para la escuela.

El riesgo es que, así como piensas que tu ordenador te lo pueda decir a cada instante, tú pierdas el gusto de metértelo en la cabeza. Sería un poco como si habiendo aprendido que para ir de una calle a otra, hay autobuses o metros que te permiten desplazarte sin cansarte (que es comodísimo, hazlo también cada vez que tengas prisa), pienses que así no tienes más necesidad de caminar. Pero si no caminas lo suficiente te conviertes en “discapacitado”, como se dice hoy para referirse a quien está obligado a moverse en silla de ruedas. Está bien, sé que haces deporte así que sabes mover tu cuerpo, pero volvamos a tu cerebro.

La memoria es un músculo como los de las piernas, si no ejercitas se atrofia y te conviertes (desde el punto de vista mental) en discapacitado, o sea (hablemos claro) un idiota. Además, como

para todos existe el riesgo de que la vejez traiga el Alzheimer, una de las maneras de evitar este desagradable incidente es ejercitar siempre la memoria.

Aquí mi dieta. Todas las mañanas aprende algún verso, una breve poesía, o como nos hicieron a nosotros, “*La Cavallina Storna*” o “*Il sabato del villaggio*”. Y tal vez compitas con los amigos para ver quién lo recuerda mejor. Si no te gusta la poesía hazlo con la alineación de los futbolistas, pero no te quedes solo con los jugadores de la Roma de hoy, también con aquellos de otros equipos y tal vez de los jugadores del pasado (fíjate que yo me acuerdo del equipo del Torino cuando su avión se estrelló en Superga con todos sus jugadores a bordo: Bacigalupo, Ballarin, Maroso, etc.).

Haz competiciones de memoria, por ejemplo de los libros que hayas leído (¿quién estaba a bordo de La Española en busca de La Isla del Tesoro? Lord Trelawney, el capitán Smollet, el doctor Livesey, Long John Silver, Jim...). Fíjate en si tus amigos recuerdan quiénes eran los sirvientes de Los Tres Mosqueteros y de D’Artagnan (Grimaud, Bazin, Mousqueton y Planchet) ...Y si no quisieras leer Los Tres Mosqueteros (y no sabes lo que te pierdes) hazlo, qué sé yo, con alguna de las historias que hayas leído.

Parece un juego (y es un juego) pero verás cómo tu cabeza se poblará de personajes, historias, recuerdos de todo tipo. Te habrás preguntado por qué el ordenador se llamaba hace un tiempo, cerebros electrónicos: es porque fueron concebidos sobre el modelo de tu (de nuestro) cerebro, pero nuestro cerebro tiene más conexiones que un ordenador, es una especie de ordenador que llevas contigo y que crece y se refuerza con el ejercicio, mientras el ordenador que tienes sobre la mesa cuánto más lo usas más velocidad pierde y tras unos años tienes que cambiarlo. Sin embargo tu cerebro hoy puede durar hasta 90 años y a los 90 años (si lo has ejercitado) recordará más cosas de las que recuerda ahora. Y gratis.

Está también la memoria histórica, la que no tiene que ver con acontecimientos de tu vida o las cosas que hayas leído. Es aquello que sucedió antes de que nacieses.

Si hoy vas al cine tienes que acudir a una hora fija, cuando la película comienza, y apenas comienza alguien te coge de la mano y te dice qué es lo que sucede. En mis tiempos se podía entrar al cine en cualquier momento,

quiero decir, incluso a mitad del espectáculo, se llegaba mientras estaban sucediendo algunas cosas y se intentaba entender qué había sucedido antes (luego, cuando la película comenzaba de nuevo desde el inicio, se veía si se había entendido del todo bien –y estaba el hecho de que si la película nos había gustado podíamos quedarnos a ver de nuevo lo ya visto–).

La vida es como una película de mis tiempos. Nosotros entramos en la vida cuando muchas cosas ya han sucedido, desde cientos de miles de años, y es importante aprender lo que ha sucedido antes de que naciésemos; sirve para entender mejor por qué hoy acontecen nuevas cosas.

Ahora la escuela (además de las lecturas personales) debería enseñarte a memorizar aquello que sucedió antes de que nacieses, pero por lo visto no lo hace bien, porque varias encuestas nos dicen que los chicos de hoy, incluso los mayores que ya van a la universidad, si nacieron por ejemplo en 1990 no saben (y tal vez no quieran saberlo) qué sucedió en 1980 (y no hablemos de lo que pasó hace 50 años). Nos dicen las estadísticas que si preguntas a algunos quién era Aldo Moro responden que fue el jefe de las Brigadas Rojas –sin embargo fue asesinado por las Brigadas Rojas–.

No hablemos de las Brigadas Rojas,

quedan como una cosa misteriosa para muchos, y eso que eran el presente hace 30 años. Yo nací en 1932, 10 años después de la subida al poder del fascismo, pero sabía quién era el Primer Ministro en los tiempos de la Marcha Sobre Roma (¿Qué es?). Tal vez en la escuela fascista me lo enseñaron para explicarme cómo era de estúpido y malo aquel ministro que los fascistas habían sustituido. Está bien, pero al menos lo sabía.

Y luego, aparte de la escuela, un chico de hoy no sabe quiénes eran las actrices del cine de hace 20 años mientras yo sabía quién era Francesca Bertini, qué recitaba en sus películas mudas 20 años antes de mi nacimiento. Tal vez porque navegaba por viejas revistas acumuladas en el trastero de casa, pero en cualquier caso te invito a sumergirte también en viejas revistas porque es un modo de aprender qué acontecía antes de que nacieses.

¿Pero por qué es así de importante saber qué ocurrió antes? Porque muchas veces lo que sucedió antes explica por qué ciertas cosas suceden hoy y, en cualquier caso, como para los equipos de fútbol, es un modo de enriquecer nuestra memoria.

Ten en cuenta que esto no lo puedes hacer solo sobre libros y revistas, se hace muy bien también a través de Internet. Se puede usar no solo para

chatear con tus amigos, también para chatear (por así decirlo) con la historia del mundo. ¿Quiénes eran los hititas? ¿Y los camisardos? ¿Y cómo se llamaban las tres carabelas de Colón? ¿Cómo desaparecieron los dinosaurios? ¿El arca de Noé pudo tener un timón? ¿Cómo se llamaba el antepasado del buey? ¿Había más tigres hace 100 años que ahora? ¿Qué cosa era el Imperio de Malí? ¿Y quién, por el contrario, hablaba del imperio del Mal? ¿Quién fue el segundo Papa de la historia? ¿Cuándo apareció Topo Gigio?

Podría continuar hasta el infinito, y todas serían estupendas aventuras de búsqueda. Y todo para recordar. Llegará el día en el que serás anciano y te sentirás como si hubieses vivido miles de vidas, porque será como si hubieses estado presente en la batalla de Waterloo, hubieses asistido al asesinato de Julio César o estuvieses a poca distancia del lugar en el que Bertoldo el Negro, mezclando sustancia en un mortero para encontrar el modo de fabricar oro, descubrió por casualidad la pólvora, y saltó por los aires. Tus amigos, que no habrán cultivado su memoria, habrán vivido una sola vida, la suya, que debería haber sido muy melancólica y pobre de grandes emociones.

Cultiva la memoria, entonces, y desde mañana aprende de memoria “*La Vispa Teresa*”.



POESÍA MAYA CÚ

LA MUJER

se acerca a un ciprés oloroso
a invierno
deja
que la cobije su
sombra
se acomoda entre
sus ramas
moviéndose ambos
al ritmo del viento
las hojas
dejan escapar su olor
la mujer
abre sus poros
y deja también
su olor
en la copa del ciprés

Te debo

las ganas del regreso
a repetir cada verbo
hasta desnudarlo
sacarle de cada astilla
canciones
de cada raíz
estrellas
de cada hoja
tristezas

te debo la necesidad
de repasar los nombres
en la rueca
donde tejí óvulos
y piel
a una raíz:
el círculo donde me reconozco

NACÍ MUJER

Nací mujer
predestinada
al llanto
desde siempre
bebí palabras
sumergidas en sueños

en mis dos países
hubo muros que
aún quiero derribar
-botar piedras de siglos
no es fácil
para cuatro niñas
de cinco años -

en mis dos países
aprendí a amar
a las de mi piel
de mi voz
de mi cuerpo
de mis lenguas

nunca encontré
mi camino
lo sigo buscando
nacé mujer
nacé sola
crecí sola
sigo
sola

RAZONES

Si la memoria no me falla
hay en mi árbol genealógico
una madre
abatida por
trabajo, hambre, abandono...
algún hermano desterrado
por padecer cierta lepra moderna
una hija sobreviviendo
a un padre ausente
más allá
hay dos abuelas
cuyas bisabuelas
parieron frutos híbridos
quienes
a su vez
parieron otras frutas
poblando
siglo tras siglo
este Paraíso Violado
del otro lado del océano
llegó un abuelo
cuyo abuelo
cruzó la puerta de los esclavos
en las isla de Goré
de ellos heredé
la terquedad del ritmo
aun cuando el espíritu agonice
deberás comprender
entonces
lo difícil que es
olvidar este dolor
que nació conmigo
como herencia familiar
tendrás
que sumarle además
la rabia
de saberme
mujer no nacida
amante mutilada
arco iris abortado
-recuerda que fui parida
durante la guerra eterna-
que
no te extrañe entonces
si a tu pedido de
bondad
alegría y olvido
respondo
justicia
ahora que conoces
esta historia personal
te pido:
no apresures tu reacción
o tu discurso
détente
escucha
por ahí
en algún
espacio de vida
corre todavía un riachuelo
que, si lo dejas inundarte
te convertirá
en la continuación
de mi cauce
de esperanza

Maya Cú

Maya Cú, poeta, artista. Además de escribir, ha participado en teatro, música y diversos coros. Su poesía se publicó en Novísimos, con Editorial Cultura; un número Abrapalabra fue dedicado a ella; tampoco podemos olvidar su libro La rueda, de donde se seleccionaron la mayoría de los textos que hoy publicamos.

